

probable que recibió un gran cultivo en otro tiempo, puesto que de esta region se esportaba antiguamente indigo manufacturado.

Fabrícanse aquí bolas de cautchuc que se destinan á cierta clase de juego. La raiz de colombo sirve de mordente para fijar diferentes colores, pero no se usa como madera de tinte.

El 17 de agosto de 1858 partimos con direccion á Teté. Desde Shupanga á Sena el Zambese es muy ancho y está lleno de islas, lo cual hace molesta la navegacion. El hornillo mal establecido de nuestro vapor consumia una cantidad asombrosa de madera; asi es que empezábamos á calentar á las dos de la mañana, y ocurría pocas veces que pudiésemos emprender la marcha antes de seis horas. El derribo de árboles nos hacia además perder mucho tiempo. Las grandes canoas del pais, por cargadas que fuesen, marchaban casi tan de prisa como nosotros; las embarcaciones pequeñas nos dejaban en breve muy atrás, y sus remeros, mirándonos con asombro, se burlaban de nuestro soplador asmático, como ellos lo llamaban. Por lo que al vapor respecta, estaba muy lejos de economizarnos trabajo: los buques ordinarios, y hasta las piraguas nos hubieran hecho el mismo servicio con menos fatiga y con la mitad del gasto.

Desembarcamos en Shamo á fin de procurarnos combustible, mas abajo del confluente del Chiré. Las montañas de cuarzo están cubiertas de árboles y tapizadas de una yerba gigantesca. El buazé, arbolillo frutal, de la especie de las poligalas, crece allí en gran abundancia, y sus bellas espigas de flores de color de rosa, esparcen un delicioso perfume. De sus semillas se extrae un excelente aceite secante, y de su corteza unos filamentos mas hermosos y fuertes que los del lino; de ellos hacen los indígenas mucha aplicacion para sus aparatos de pesca.

La guerra continuaba; Bonga, el hermano de Mariano y jefe de los rebeldes, salió á nuestro encuentro y nos trató perfectamente, aunque sabia que nos habíamos llevado al gobernador y curádole de su enfermedad. Noticioso del objeto de nuestro viaje, nos aseguró que ningun obstáculo hallaríamos por parte de sus secuaces, y en muestra de benevolencia nos envió arroz, dos carneros, y gran cantidad de leña.

Siéndonos imposible subir con el *Ma-Robert* hasta Sena, que está en la orilla de un canal poco profundo, echamos anclas en Nyaruka, aldeguela indígena situada mas abajo á distancia de 6 millas, y de la cual salimos en la madrugada del dia siguiente.

El estrecho sendero que seguíamos unos en pos de otros, pasaba por medio de jardines y atravesaba bosquecillos cuyos árboles mas altos son acacias espinosas.

El tiempo estaba encapotado, hacia un fresco agradable, y los pajarillos prorumpian alegres en cantos melodiosos que en nada ceden á los de Europa, pero que parecían pertenecer á un idioma extranjero.

Muchos indígenas encontramos en el camino: la mayor parte de los hombres iba armada de lanzas, flechas, arcos y fusiles viejos, al paso que las mujeres llevaban azadas de mango corto, é iban á trabajar en los jardines. Unos y otros nos abrian paso y nos saludaban cortesmente á su manera: los primeros, inclinándose y rascándose, y las segundas, doblando las rodillas, aun las que mas pesados fardos llevaban sobre la cabeza. Nada hay mas singular que una cortesía hecha por unas piernas desnudas: es cosa que asombra.

Situada á la derecha del Zambese, Sena está construida en una llanura baja en cuyo fondo descuelan encantadoras colinas. Rodéala una empalizada de árboles que la pone al abrigo de sus turbulentos vecinos, y en ella hay algunas casas espaciaosas, las ruinas de otras muchas, y una cruz maltratada por la intemperie, que indica el sitio en que hubo una iglesia. Un montecillo señala el lugar de un antiguo monasterio; y el fuerte que se ve cerca del río se halla de tal manera deteriorado, que las vacas pasean tranquilamente sobre los escombros de sus muros.

Como apenas hay comercio alguno en Sena, sus escasos mercaderes envían al interior esclavos de confianza, cuyo encargo es cazar elefantes y comprar marfil. Es un lugar poco animado que inspira gran tedio, en el cual se tiene, por colmo de desventura, la seguridad de verse acometido por las calenturas endémicas al dia siguiente, si por casualidad no atacan el primero.

Mas, como no hay cosa tan mala que no tenga algun lado bueno, hé aquí que Sena, como todo lo demás, tiene su desquite: es el lugar natal del señor Ferrao, de ese hombre dotado de tan gran corazón, tan cumplidamente hospitalario, y cuya benevolencia y generosidad no conocen límites.

El pobre negro de las provincias lejanas que atraviesa la ciudad, se encamina inmediatamente á su casa, de la cual sale siempre con sus necesidades satisfechas. Cuando se pierde la cosecha, el señor Ferrao alimenta á los indígenas; tiene centenares de dependientes á quienes no ve sino en tales casos, siendo el único beneficio que de ellos reporta el ser su jefe patriarcal, apaciguar sus discordias, acudir en su ayuda en caso necesario, y salvarles la vida cuando la sequía ha producido el hambre.

Su padre, hombre dotado de rara capacidad, era gobernador de Sena, y poseía hácia el Sur un inmenso territorio, notable por su gran fertilidad, y llamado Chiringoma. Habíalo adquirido por los medios mas honrosos; pero el gobierno mandó que ese



Baile de los Landine ó Cafres-Zulus, en Shoupanga.

territorio se dividiese y repartiese entre los emigrantes, á título de libres concesiones, no reservando sino un terreno de dos leguas para el hijo del propietario, y diciendo para justificar esta rapacidad, que «no convenia que un vasallo tuviese posesiones mas dilatadas que la corona de Portugal.» Poco tiempo despues llegaron los Landines, y se apoderaron de la totalidad, viéndose asi los espoliadores despojados á su vez.

El señor Ferrao nos obsequió con una abundante comida. Los principales vecinos vinieron á visitarnos durante el dia, y todos se mostraron de acuerdo en el parecer de que los indígenas cultivarian el algodón en gran escala si hallasen compradores, pues en otro tiempo lo esportaron para Manica, y hasta para el Brasil, no solo como primera materia, sino tambien bajo la forma de tejidos. «Cuando la tierra les pertenece, nos dijeron aquellos hombres fidedignos, los indígenas se dedican voluntariamente á la industria y al comercio, pues si en ello tienen interés, los negros son unos trabajadores infatigables.»

Mas adelante tuvimos ocasion de observar que esta era la opinion de todos los hombres enérgicos, de todos los que allí se instalaban, y tenían actividad, iniciativa, buena conducta y buenos negocios; en tanto que los que permanecían ociosos, ocupados únicamente en fumar y beber, eran pobres, orgullosos y despreciables, y se quejaban invariablemente de la pereza de los negros.

El mayor Tito de Sicard, otro portugués de los mas distinguidos que vimos en casa del señor Ferrao, espresó al doctor Livingstone su deseo de acompañarle en su empresa, prometiéndole hacer trasportar á Teté los equipajes de la expedición, no bien se restableciese la paz; lo que hizo generosamente cuando esta renació.

Al llegar á Nyaruka oímos á un pájaro cuyo gorjeo se parecia al del ruiseñor, y hacia resonar con sus brillantes notas el tranquilo ambiente de la tarde.

En la orilla izquierda del Zambese y en frente de Sena comienza una pintoresca cadena de altas montañas, que se estiende hácia el Norte, casi paralelamente al rio.

Algunas millas mas arriba de Sena se halla la isla de Pita, cuya numerosa poblacion compuesta de indígenas, vive, al parecer, en la abundancia. Un mestizo portugués vino á hacernos una visita; titulábase jefe de la isla y nos trajo algunas mazorecas de maiz verde, que nos daba como *seguati*. Esta clase de presentes, de naturaleza excepcional, consiste en una cosa insignificante, que se ofrece para obtener en recompensa un objeto de mas considerable valor. Cuando un indígena sagaz tiene una gallina flaca y coriácea, ó algunas espigas de maiz, artículos cuyo

valor no puede ser apreciado en cosa alguna, pues la docena de las mas hermosas aves se vende allí por dos varas de percal, á 3 peniques la vara, ó sea en 30 céntimos, y cuando se obtiene un cesto de maiz por la mitad de la espresada cantidad de tela, el ladino indígena convierte su horrible gallina en *seguati*, presentándola con gran alarde de gratitud por lo que espera sonsacar en cambio, y se va descontento sino recibe por lo menos el duplo del valor de su fementido agasajo. Muy pronto nos cansamos de este género de *regalos*, pero en vano decíamos á nuestro hombre: «Vendednos eso, y os lo pagaremos, pues nos respondia invariablemente: «¡Oh! ¡no caballeros! esto no es cosa destinada á la venta: es un *seguati*.» Siendo el hecho considerado como un rasgo de cortesía por parte del donante, aceptábamos tan onerosos homenajes cuando nos los hacia un jefe, pero los rehusábamos si procedían de un hombre ordinario.

Mas arriba de Pita encuéntrase un islote llamado Nyamotobsi; á nuestro paso hallábase allí una pequeña tribu de cazadores de hipopótamos, procedentes de una isla vecina de donde los habia espulsado la guerra. Todos trabajaban con ahinco, y algunos de ellos hacían enormes cestos destinados á guardar el grano, y en los que permanecía el obrero que los fabricaba. Con esa cortesía tan comun en los africanos, el jefe mandó estender una estera para protegernos del sol, y nos hizo ver el arma que empleaba para matar hipopótamos. Es un harpon de hierro de poca longitud, clavado en la estremidad de un palo largo; está sujeto por una fuerte cuerda de milola, y se arrolla alrededor de este palo en la otra punta en que se halla fijo. Dos cazadores toman una ligera canoa, y se acercan silenciosamente al animal dormido. El que ocupa la delantera de la canoa arroja el harpon, mientras que el otro la hace retroceder por medio de su largo pagai ó remo. La fuerza del golpe hace que el harpon se desprenda del mango rodeado de cuerda; este, al que á veces se agrega una vejiga, sube á la superficie del agua é indica donde está el animal herido, y no queda por hacer sino sacarlo del agua, pues se conoce su albergue.

Estos cazadores viven aislados, y forman bajo la denominacion de *Akomboni* ó *Mapodzo*, una tribu particular, cuyos hombres se enlazan pocas veces con los pueblos vecinos, y las mujeres nunca, segun se asegura. Es probable que esta especialidad proceda de que muchas tribus del Zambese miran al hipopótamo con el mismo horror que los mahometanos profesan al cerdo. Nuestro piloto Jhon Scisson, que pertenecía á una de estas tribus, ni aun hubiera querido servirse de una marmita en que se hubiese cocido aquella carne réproba, y prefería sufrir el hambre hasta procurarse otra; esto no obstante, se entregaba con ardor al comercio de los colmillos de hipopótamo.

Con frecuencia acontece á estos cazadores reunir sus familias, sus marmitas, las esteras que les sirven de cama, meter todo esto en sus canoas y emprender largas escursiones. Al llegar á un sitio donde abunda la caza, construyen cabañas en la orilla y hacen secar la carne que han cogido. Los hombres de quienes hablamos construyen una hermosa raza de cutis fino y muy negro, y nunca se desfigurán con los horrorosos adornos que usan otras tribus.

A pesar de nuestras instancias el jefe se negó á vendernos uno de sus harpones, pues la guerra con Mariano le impedia acercarse á la orilla en que se procuraba la corteza de milola.

En el mes de agosto, el calor aumenta de una manera constante, y las madrugadas nebulosas son escasas. Una fuerte brisa, que termina por un ventarrón, recorre todas las noches el Zambese. Hace algunas semanas se levantaba por la tarde; luego prolongó mas su llegada, y en la actualidad se hace sentir á media noche, siendo tan violento que abre bruscamente la puerta de nuestros camarotes; pero es de corta duracion, y poco despues le sucede una calma chicha.

La caza va siendo mas abundante, y cuando vamos en busca de leña vemos rebaños de zebras, de antilopes de pies negros, y cerdos indómitos.

En la orilla izquierda, una aldea llamada Shiramba-Dumbé está enteramente desierta, y algunos fusiles viejos indican en que en otro tiempo habia una estacada. Un poco mas arriba vimos cerca del rio un magnífico baobab en el que se ha practicado una concavidad de las dimensiones de una gran choza, y que está revestida de corteza interior y esteriormente.

Las porciones del Zambese llamadas Chigogo y Chipanga atraviesan llanuras pantanosas en que crecen algunos bosquecillos de palmeras y un pequeño número de acacias espinosas. El rio en este lugar tiene una anchura de 3 ó 4 millas; en ellas hay muchas islas entre las cuales es difícil navegar, pero esta dificultad cesa en la época de los desbordamientos.

Una cordillera de enhiestas montañas, procedente del Nordeste, se reúne al lecho del rio, que atraviesa y estrecha entre las murallas de un paso angosto, llamado la *Garganta de Lupata*. Las canoas cuyo cargamento es grande emplean dos dias en salvar este paso. Una corriente serpentea alrededor de los pequeños promontorios rocallosos de Kangomba y Chifura, de lo que resultan ollas y remolinos que ponen en graves peligros las embarcaciones indígenas; pero de estos apuros se sale tirando de ellas con largas maromas.

Los remeros depositan harina en estas rocas á fin de apaciguar por medio de tal ofrenda á los turbu-

lentos dioses que presiden aquellos escollos, en los que ha zozobrado no escaso número de canoas. Hásenos dicho que los portugueses nacidos en esta region se descubren la cabeza ante las divinidades del rio, guardando un silencio solemne cuando pasan por aquellos lugares; y que al llegar incólumes al otro lado de los promontorios, disparan sus fusiles y dan de beber á sus remeros: asi tambien lo hacemos nosotros.

A juzgar por las huellas de búfalos y elefantes que encontramos, estos animales deben hallarse en gran número en Lupata, siendo tambien muy comun la mosca tsetse, coincidencia que siempre nos ha llamado la atencion.

Las corrientes son mas vivas arriba de Lupata que abajo; el pais desde allí es montañoso, se presenta mas pintoresco y contiene mas habitantes.

A pocas millas de Teté se elevaban hace algunos años muchas casas de piedra que han sido destruidas por los indígenas, y de las cuales solo quedan las ruinas. En el momento en que nos acercamos á la ciudad, una gran multitud casi enteramente compuesta de negros se mostró ante nosotros, fijando sus atónitas miradas en nuestro vapor. Los que ocupaban la primera fila esplicaban á los demás como avanzábamos, y procuraban hacérselo comprender imitando con sus brazos el movimiento de las ruedas.

Nuevo encuentro de los Makololos.—Supersticiones relativas al almanga y al café.—Esclavitud voluntaria.—Afección de los indígenas al comercio.—Práctica de la medicina.—Doctores ex-elefantes y ex-cocodrilos.—Doctores que consultan los dados.—Sena y el indigo.—Minas de oro, hierro y carbon.—Rápidas de Kebrabasa.—El rio Luia.—Catarata de Morumbua.—Exámen y rentas de Kebrabasa.

Anclamos en el Zambese en frente de Teté el 8 de setiembre de 1858, y el doctor Livingstone saltó á tierra. No bien fue reconocido por sus antiguos compañeros los Makololos, cuando estos corrieron á su encuentro espresando un gran regocijo. Algunos le abrazaban, pero otros gritaban: «¡No le toqueis, pues echariais á perder su vestido nuevo!»

La habitacion del gobernador fue puesta á nuestra disposicion, de la manera mas cortés por el mayor Tito de Sicard. Es una casa de piedra, de un piso y cubierta de paja, que tiene por ventanas unas cortinas de percal, y por pavimento tierra amasada.

A dicha habitacion llevaron los Makololos nuestros equipages, y Singeleka, el menestral de la banda, siguió á los porteros haciendo sonar las campanillas del pais natal, y cantando animadas coplillas improvisadas por las circunstancias.

Teté está construida sobre un ribazo de asperon, á la orilla derecha del Zambese, cuya anchura es de 960 yardas (cerca 900 metros). Unos barrancos

poco profundos, que siguen una línea paralela al río, surcan el ribazo y forman las calles de la ciudad, pues en las crestas de estas fragosidades están construidas las casas. A escepcion de un sendero angosto, la superficie de las calles se encontraba á nuestra llegada enteramente cubierta de índigo, del que se hubiera podido recoger toneladas. El citado artículo, el sén, el *datura stramonium*, y una especie de casia son las *malas yerbas* de la comarca, siendo preciso arrancarlas y quemarlas todos los años para limpiar el suelo que se trata de cultivar.

Una tapia de piedra y barro rodea la ciudad, habitada únicamente por la colonia, pues los indígenas viven en el campo. El fuerte y la iglesia, situados cerca del río, sirven igualmente para la defensa de los habitantes.

La poblacion blanca es escasa, y puede decirse *escogida*, porque la mayor parte de los que la componen se hallan allí en virtud de una sentencia que los ha espulsado de Portugal, con no pequeño beneficio de sus conciudadanos. El elemento militar predomina: los convictos y los soldados clasificados con el nombre de *incorregibles* tienen un salario muy mezquino, y sacan sus principales recursos de los jornales que sus esposas negras ganan trabajando en los jardines.

La serpiente es objeto de culto, por lo que en las chozas en que hay enfermos abundan horribles imágenes de tan formidable reptil.

Los africanos en su inteligencia está exenta de estos delirios, creen en un Sér Supremo autor de todo cuanto existe, que habita mas arriba de los árboles, y al que llaman Morungo; pero nunca lo invocan, ni nada se les alcanza respecto de las relaciones que tienen con ese gran Espíritu, ni del interés que este manifiesta por los hombres.

En su opinion, los espíritus de sus antepasados son buenos en su totalidad, y en ciertos casos los secundan en las empresas que acometen. Cuando uno se corta el pelo, lo quema ó lo entierra en secreto, por temor de que un hechicero ó un individuo dotado de *mal ojo* se apodere de él y lo utilice para atormentarle con enfermedades de la cabeza. Creen tambien en la vida futura.

El manga crece con profusion mas arriba de Lupata, y da una espesa sombra; el maguey, su delicioso fruto, mejor aquí que en la costa, alimenta durante una parte del verano á los indígenas que lo cultivan. Como entre estos árboles unos fructifican en noviembre y otros en marzo, en tanto que la fuerza de la produccion está entre estas dos épocas, hay frutos de este género en abundancia durante cuatro meses del año; los indígenas son muy aficionados á ellos, y no obstante, nada puede decidirles á plantar un manga, pues están íntimamente con-

vencidos de que el que hace venir uno de estos árboles, no tarda en morir.

Otra supersticion, esparcida hasta entre los portugueses originarios de Teté, es que el que planta un cafetal no debe prometerse felicidad alguna en este mundo; sin embargo, ellos toman café, y despues de tomarlo parecen mas felices.

Los portugueses tienen gran número de esclavos, en los que se advierten todos los vicios dominantes en ellos, pues son falsos, ladrones y disolutos.

Algunas veces los negros, reducidos á la miseria, sacrifican voluntariamente su condicion de hombres libres, y se hacen esclavos sin mas ceremonia que romper una lanza ante aquel á quien eligen por dueño. Los oficiales y los mercaderes envian bandas de esclavos bajo la direccion de un hombre de toda su confianza, para cazar elefantes y comprar marfil; al efecto les dan cierta cantidad de bujerías, percal, etc., cuyo precio debe ser representado por un determinado número de colmillos.

Gran fortuna es para los cazadores que el elefante sea cogido cerca de una poblacion, porque no solo en tal caso cambian su carne por cerveza y harina, sino que tambien hacen compras de marfil, lo que es una ocasion de gastar mucho tiempo, bebida y palabras.

En Teté nos repitieron que los africanos son muy aficionados al comercio, y esto mas por amor al objeto que por el provecho que de él reportan. Un negociante nos dijo que los indígenas le llevaban muchas veces un colmillo, reflexionaban luego sobre el precio que se les ofrecia, pedian mas, regateaban, retirábanse para pedirse mutuamente consejo, y se marchaban sin decidir cosa alguna. Al dia siguiente dirigíanse á otro comprador, presentaban sus condiciones, reflexionaban de nuevo, hablaban, volvian á consultarse en secreto, nada resolvian, y continuaban en estas irrisorias gestiones sin ulterior resultado, hasta que no teniendo ya á quién ver, cedian el precioso colmillo por un precio comunmente menor que el que al principio les fuera ofrecido. Lo que les induce á dar tales largas á estos asuntos, es la importancia que á sus propios ojos les dan las lisonjas de los negociantes, que los halagan para persuadirlos.

La medicina se ejerce en el pais en gran escala, pues aparte de los prácticos regulares, que tienen cierta esperiencia, conocen el efecto de determinados medicamentos y prestan servicios reales y efectivos, hay los especialistas; por ejemplo, los doctores ex-elefantes, que preparan una droga tenida por indispensable para todo el que se propone atacar al citado animal; y ningun cazador se aventuraria á tan arriesgada empresa, á no ir provisto del precioso talisman. A su vez, los doctores ex-cocodrilos venden un específico no menos necesario, que protege á su poseedor contra tan terrible amfibio.



Ejercicios guerreros de los landines, en Sena.